

La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los '80¹

María Teresa Brachetta
Proyecto SECyT, Facultad de Derecho. UNCuyo- Mendoza

Despertar la polémica

Plantear dicotomías o dilemas excluyentes para explicar acontecimientos históricos no siempre ofrece resoluciones felices y cercanas –si alguna vez esto es posible- a la verdad. Como ejercicio, no es despreciable. Capaz de acicatear la polémica, urge a ensayar, entre los límites del dilema, un continuum de explicaciones más matizadas, en tanto que estimula la renovada pasión por asir una verdad que siempre es esquivada. Tanto más cuando se trata de procesos de la historia reciente.

En el trabajo partimos de plantear preguntas dilemáticas, extremas, no con el objeto de optar por alguna de ellas, sino más bien con la expectativa de que la búsqueda de respuestas imponga un recorrido de los acontecimientos que “saltee” los lugares comunes e intente penetrar en el corazón de ese indescifrable fenómeno de metamorfosis siempre inacabada que parece ser el peronismo.

Ambición desmedida sin duda, frente a la cual debemos honestamente y de entrada reconocernos limitados, pero que se solazará, aún cuando en busca de respuestas, encuentre nuevos interrogantes que obliguen, como en el mito de Sísifo, a reiniciar interminablemente la tarea.

Un extremo del dilema podría plantearse a partir de la siguiente afirmación: la renovación peronista fue una experiencia que desde su origen estaba destinada a fracasar por la ambigüedad que significó pretender instalar una cuota de reflexividad ideológica y racionalidad política en una tradición movilizadora por un imaginario de esencias instintivas y profesiones fe automáticas. En el otro extremo, podría argumentarse en contrario que el fracaso estuvo vinculado a las propias limitaciones de una dirigencia, que aún atisbando la urgencia de una reformulación identitaria no

¹ El siguiente trabajo fue presentado como ponencia en las XI^o JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA realizadas del 19-22 de setiembre de 2007 en la ciudad de Tucumán. Formó parte de la mesa N° 80 “Partidos políticos y actores de poder. La historia argentina reciente entre el retorno del peronismo y la estabilidad institucional” coordinada por Marcela Ferrari y Virginia Mellado. Quisiera dejar constancia mi agradecimiento a los comentarios de Marcos Novaro, a las coordinadoras y a quienes formaron parte de la mesa en dicha oportunidad y que no comprometen en absoluto su opinión con lo que se afirma en este trabajo.

termina de acometerla a fondo por temor a la ruptura que los dejara definitivamente fuera del juego electoral.

La primera opción podría ser la conjetura de una visión del peronismo, según la cual, su propia naturaleza histórica lo hacía impermeable a la mutación político cultural que atravesaba el país en los años del retorno democrático. Más bien, escéptica respecto de que la experiencia de la derrota de 1983 –en condiciones inéditas de transparencia electoral y libre de proscripciones- hubiera colocado, por lo menos a un sector del peronismo, en un proceso de revisión de de la constelación de ideas y convicciones que lo habían nutrido a lo largo de treinta años. La segunda podría provenir de una visión, que haciéndose cargo de la enredada, confusa y heterogénea composición ideológica del peronismo, alimentada por un conjunto de vectores doctrinales fosilizados a lo largo de treinta años, le atribuyera la posibilidad de reformularse, condiciones coyunturales favorables a esa operación y cargara esa virtualidad en la voluntad y capacidad de la dirigencia. Para decirlo en pocas palabras, o el peronismo era incapaz de cambiar o el cambio del peronismo dependía de la audacia de sus dirigentes.

De frente a un ejercicio que intente abrir brechas de reflexión al dilema, nos proponemos interrogarnos sobre la situación que embargaba al peronismo en la derrota en 1983, el contexto político cultural en que esa situación se desarrollaba, los desafíos que la nueva coyuntura planteaba al peronismo y las perspectivas y posible cursos de la dinámica política que podían avizorarse por aquellos años. Se trataría entonces de intentar restituir las líneas vertebrales que surcaban aquel momento político para analizar cuánto el peronismo se propuso en aquel contexto avanzar o cuanto se limitó a reproducir viejas recetas incompatibles con los nuevos desafíos.

El camino de la derrota

La derrota del 30 de octubre de 1983 puso al peronismo por primera vez en su historia en la adversa situación de considerar que ya no era la “mayoría natural” del pueblo argentino. Aquella convicción unanimita de considerarse la exclusiva representación de las mayorías nacionales y estructurar el campo político en antinomias que excluían la posibilidad del pluralismo político de los sectores populares aparecía por lo menos cuestionada ante el resultado de las elecciones del '83. Oscar Landi interpretaría lúcidamente algunos años después ese fenómeno. Había que entender para Landi, que el colapso del gobierno militar, no habría producido una simple y lineal

“restauración de la situación de los actores políticos anterior al golpe. El surgimiento de una “nueva mayoría electoral” era –para Landi– el síntoma de una profunda transformación de la cultura política.²

Es probable que por entonces para muchos peronistas, imbuidos del proverbial triunfalismo, hubiera pasado inadvertido el profundo estado de descomposición que atravesaba ese movimiento desde hacía más de una década. Aquel ensayo del Perón del exilio de articular profundas y contradictorias expectativas políticas e ideológicas en torno al peronismo, había finalmente implosionado a su muerte. Ahora la derrota operaba desnudando que el peronismo del retorno democrático comportaba un fuerte campo de disputa que había sido disimulado durante la campaña a través de una apelación a los símbolos tradicionales sedimentados en los largos años de la proscripción y que el líder había ungido como verdades doctrinarias

Es que, como ha sido señalado, el peronismo se había encaminado a los comicios de 1983 sin realizar balance crítico alguno de su experiencia de gobierno entre 1973 y 1976.³ Los obstáculos a esa revisión autocrítica, según advirtiera un documento para el debate militante de 1986 habían sido numerosos y tenían larga data⁴. Previo al golpe, el intenso proceso de disputa interna abierto tras la muerte de Perón y durante el gobierno de Isabel, había estado fuertemente condicionado por la profunda imbricación que inevitablemente tenía esa disputa con la lucha interna por el poder y por el nivel de violencia que atravesaba a esa disputa. El faccionalismo interno habría obturado entonces la posibilidad de instalar algún nivel de racionalidad y reflexividad política. En una coyuntura de inestabilidad acechada por el fantasma del golpe las distintas posiciones terminaron recargando sobre las estrechas espaldas de Isabel ciertas características propias de toda la organización política del peronismo. La discusión se habría agotado entonces en torno de la idoneidad de Isabel para ejercer el gobierno y eventualmente el rol de Perón, y habría soslayado cuestiones urgentes sobre las tensiones irresueltas, sobre el futuro, la composición y la organización de un movimiento que ya no tenía a su líder carismático. Luego, la represión impuesta por la dictadura militar y su experimento de destrucción de un modelo de sociedad forjado en las premisas del populismo, reforzaron la clausura del necesario y urgente debate que

² Ver *Entrevista a Oscar Landi*, en: Revista UNIDOS N° 10, Junio 1986 pp. 223-233.

³ Aboy Carlés Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina. Las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario, Argentina, 2001 pp.268

⁴ Ver Wainfeld, M., Gonzalez, H. y Armada, A., *Historia, contexto político y perspectivas de la Renovación Peronista*, mimeo, Junio de 1986, pp. 71-76

hubiera demandado la experiencia del 73 al 76, aún las más tímidas reacciones autocríticas que habían intentado esbozarse.

Si resultan convincentes las explicaciones mencionadas sobre la clausura del debate autocrítico previo al retorno democrático, llama la atención sin embargo que al mismo tiempo y de frente a la profunda crisis a que estaba expuesto el peronismo reapareciera en la post-dictadura fuertemente anclado en el imaginario tradicional. Es decir que reapareciera un peronismo que parecía no haber procesado el significado político de la ruptura profunda que había producido la muerte de Perón y luego el proyecto refundacional del proceso militar. De frente a este interrogante dos autores avezados en la temática -Vicente Palermo y Marcos Novaro- atribuyen entre otras razones -a nuestro entender para nada despreciables- a la fortaleza que como experiencia político-cultural, supuso el peronismo para los sectores populares.⁵ Según estos autores, aún cuando la desaparición del líder significó el fin de su proyecto político, los sectores populares habrían demorado en abandonar el imaginario peronista tradicional. Al decir de estos mismos autores, el primer posible distanciamiento de ese imaginario que habría propiciado la muerte de Perón y la crisis del gobierno de Isabel, fue obstruido luego por la dictadura, que produjo la eliminación física de los grupos militantes que podían expresar ese cambio y la dispersión de los que sobrevivieron. A esto habría sobrevenido *“una reacción instintiva de refugio en el imaginario tradicional”*.⁶ *“Un elemental y emotivo sentido de solidaridad con su antigua dirigencia presa de la dictadura”*, se argumentará desde el documento de la militancia crítica en 1986⁷. Así, la experiencia dictatorial operó congelando la disputa y ejerciendo un efecto de reforzamiento del imaginario tradicional que hizo sobrevivir una identidad populista en estado latente entre los '70 y los '80. Pero si este abroquelamiento identitario continuó actuando durante largo tiempo, no pudo sin embargo atemperar el ácido faccionalismo que se hizo presente a la hora del descongelamiento político que adviene con la derrota de Malvinas.

Entre junio de 1982 y julio de 1983 una sorda confrontación atraviesa al peronismo y hace inocultables las peores amenazas de reeditar, una vez en el gobierno, la lucha intestina que había acabado con la institucionalidad hacía menos de una década. Es en el seno de esta aguda disputa interna que el poder sindical refuerza su tradicional

⁵Palemo, V. y Novaro, M., *Política y poder en el gobierno de Menem*, FLACSO- Norma, Buenos Aires 1996, pp. 173-185

⁶ Ibid.

⁷Wainfeld, M., Gonzalez, H. y Armada, A., Op. Cit. pp.72

hegemonía y se convierte en el gran elector del partido. Se puede admitir asimismo que la imprevisible y abrupta apertura a la transición, y el acelerado proceso que requería la reactivación del aparato partidario impidieron que se hicieran audibles las voces que reclamaban por una revisión autocrítica. Lo cierto es que el peronismo retornaba a la arena política sin resolver profundas tensiones ideológicas. Estas lo colocaban en el terreno de una ambigüedad, penetrada más por el temor a la amenaza de disolución, que por la convicción de la renovación de su fortaleza histórica. El mismo perfil que adoptó Luder como candidato presidencial abonaría esta hipótesis: su imagen de candidato racional que se situaba más allá de las diferencias, reeditando el juego pendular del líder, minimizando y eludiendo el nivel de incompatibilidad de los sectores internos y apostando a una supuesta dilución de la conflictividad que operaría el retorno al gobierno.

Tocando fondo

Si las razones esgrimidas impidieron que el peronismo arribara a las elecciones del '83 sin haberse hecho cargo de su crisis y de la urgente revisión de sus responsabilidades en los problemas que habían embargado al país, la derrota tuvo el efecto de abrir brechas para que esas cuestiones comenzaran a hacerse lugar en el agenda. No pasó mucho tiempo para que figuras y dirigentes de peso histórico opuestos a la dirigencia oficial del '83 comenzaran a señalar los motivos de la derrota. Entre otros Miguel Unamuno, Julio Bárbaro, Antonio Cafiero expresaron sus análisis por escrito⁸. Estas manifestaciones han dado pie para que se haya sostenido que la historia del peronismo renovador comenzó a partir de la traumática derrota electoral del 30 de octubre de 1983⁹. Dos de estos testimonios sirven para analizar esta primera reacción. Las interpelaciones de Miguel Unamuno y de Antonio Cafiero coincidían en la crisis de identidad que para el peronismo comportaba la derrota electoral, terreno en el cual el peronismo siempre había logrado convalidarse y que debía reconocerse como fuente de legitimidad popular. En tanto que para Cafiero la derrota era en parte “inmerecida”- en razón de las “contribuciones históricas” que a su ver el peronismo había hecho a la ampliación de la participación democrática- para Unamuno las razones había que

⁸ Ver Unamuno Miguel, *Al tercer domingo de la derrota*, Tiempo Argentino, 20 de noviembre de 1983. Cafiero, Antonio, *En que no equivocamos*, Clarín, 11 de abril de 1984 y Bárbaro, J., *El lugar del peronismo*, Clarín, Marzo de 1984

⁹ De Ipola, E., La difícil apuesta del peronismo renovador, en: Nun, J., y Portantiero, J.C. (comp.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987, pp.334

buscarlas en la desviación de un mandato histórico. El mesianismo y las fantasías autoritarias en que se había incurrido en la década anterior no habían sido cuestionadas, la caducidad de la organización piramidal, la infiltración dictatorial que se había operado con el proceso, la reivindicación de una estructura de privilegios y métodos del pasado no sólo no habían sido objeto de revisión, sino que habían pretendido reponerse operando un silenciamiento compulsivo de la voces críticas y apelando al argumento de la preservación de una unidad que en realidad no había sido más *“que ese peculiar espíritu de cuerpo del que hacen gala los grupos tribales”*¹⁰. Coincían ambos dirigentes en que una necesaria y urgente regeneración vendría de la mano de un proyecto que debía reemplazar *“la despiadada disputa por el espacio y el control de aparato por una institucionalización de la “la lucha por la idea”*. Asimismo apelaban a la identidad peronista centrada en el objetivo histórico de un *“estado de justicia”* que incluía pero que trascendía el *“estado de derecho”*. Se perfilaban ya los dos contendientes principales con los cuales habría de disputar la futura renovación: la dirigencia oficial del partido - acusada de un estilo de conducción intimidatorio y violento, raquítica de ideas y de iniciativas políticas- y el alfonsinismo, cuyo nuevo relato democrático polarizado por la tensión democracia-dictadura amenazaba la identidad peronista diluyendo las antinomias que le habían dado sentido.

El estado deliberativo se multiplicó y alcanzó a gran parte del activismo peronista: *“la sorpresa y el dolor catalizaban la discusión”*¹¹. Igualmente hizo más audible las críticas que antes se habían esbozado y que el fragor de la campaña había silenciado. *“Porque la polémica sobre la derrota obligó a los políticos a una toma de conciencia y jerarquizó, de rebote, la voz de los intelectuales y de los dirigentes desplazados que, tímida y borrosamente, habían entrevisto los ejes del debate pendiente.”*¹²

Durante todo el año 1984 el estado de discusión se prolongó y seguramente no resultaba para nada fácil pronosticar ni siquiera el futuro inmediato de una fuerza que a pesar de su crisis había obtenido el 41% de los votos en la última elección. Cabe advertir sin embargo, que las manifestaciones críticas provinieron desde todos los sectores, variando, desde luego, el tipo de explicaciones que le atribuían a la derrota. Incluso desde la propia Isabel que a pesar de haber sido designada como presidente del partido había permanecido en España y totalmente silenciosa durante la campaña. Su

¹⁰ Unamuno Miguel, op. Cit.

¹¹ Wainfeld, M., Gonzalez, H. y Armada, A., op. Cit. pp. 76

¹² Ibid.

nombre era esgrimido, sin duda, por los sectores ultraverticalistas que integraba por entonces el electo gobernador de La Rioja Carlos Menem.

Se puede conjeturar entonces que el proceso de debate inmediato a la derrota estuvo caracterizado por el signo de la discontinuidad, y que va a ser necesario todavía un tiempo para que la renovación se profile como una alternativa que suscite expectativas de oposición.

Avatares de una “renovación” en ciernes

En abril de 1984 un sector disidente de la conducción oficial se puso en marcha en la provincia de Buenos Aires con la consigna de forzar elecciones internas con el voto directo de los afiliados para designar dirigentes y candidatos peronistas. Se podía vislumbrar la voluntad de iniciar un proceso que pretendía reivindicar la pluralidad de opiniones dentro del partido. El desafío que se le planteaba a este sector por entonces, era forzar la forma de impulsar el cambio sin un conflicto que llevara a la fractura. La puja consumió gran parte del año. El enfrentamiento entre los disidentes y la conducción oficial hizo crisis en diciembre de ese año al desarrollarse el Congreso Nacional Justicialista en el Teatro Odeón de la ciudad de Buenos Aires. En un clima de coerción, la conducción oficial en manos del aparato sindical de las 62 organizaciones y del herminismo bonaerense, ratificó sus credenciales, pese a haber quedado en minoría y sin el quórum reglamentario debido al abandono de las deliberaciones por parte de un nutrido grupo dirigentes provinciales. Los disidentes reunieron un nuevo congreso en la ciudad santiagueña de Río Hondo. La composición de este nuevo congreso no pudo ser invalidada oficialmente por el sector del Odeón, aunque lo intentaron, porque reunió a una importante mayoría de congresales electos de las provincias. Las tímidas expectativas que pudo suscitar ese congreso por la presencia de agrupaciones y figuras que representaban una renovación todavía en germen, no duraron mucho. La heterogeneidad de los sectores concurrentes no auguraba que pudiera transitarse fácilmente a la consolidación de un proceso de democratización interna. En una descripción apretada se puede decir que tres grandes vertientes intentaron una negociación en aquel congreso.¹³ Dos de ellas desembocaban en la necesidad de realizar la unidad del peronismo con el sector Odeón: por un lado, la que proponía una

¹³ Ver, Ivancich, Norberto, *La larga marcha: de la institucionalización del PJ, hasta la instauración del menemismo*, en: *Argentina reciente, Ideología y política contemporáneas* N° 2, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, diciembre de 2004, pp. 14-19

“renovación concertada” –cuyas expresiones relevantes fueron el luderismo y el grossismo- y, por otro la de los caudillos provinciales que pretendían recuperar la influencia y las atribuciones de las que habían sido despojados en el Odeón. Esas dos corrientes sumadas eran indudablemente mayoritarias en el nivel de los congresales nacionales. La tercera línea, que predominó en un principio en la conducción del consejo surgido en Río Hondo y fue quedando aislada (Oraldo Britos, Roberto García, y José De la Sota) aparecía como la más renovadora en la línea de forzar una nueva institucionalización partidaria que implicaba como primer paso, la realización de elecciones directas en todo el país, con distrito único para elegir la conducción nacional, y elecciones directas también en cada distrito provincial para autoridades locales y para candidatos a las legislativas. El rihondismo pese a las expectativas que pudo suscitar se debilitó en un proceso de ambigüedades y sucesivos desmembramientos: la ratificación de la presidencia a la ausente Isabel y la vicepresidencia de un puntano Oraldo Britos, que no pudo disputar el liderazgo en su provincia con los Rodríguez Saá. Aún más, el protagonismo de figuras como Vicente Saadi miembro de la conducción del Odeón, la integración en la conducción de sectores gremiales poco confiables a una renovación como los miembros de la Comisión Nacional del Trabajo (CNT), cuyo propósito coyuntural era allí disputar la hegemonía sindical de “las 62” a la UOM de Miguel y claramente contrarios a la prosperidad del movimiento renovador. La debilidad se manifestó más agudamente cuando el senador santiagueño designado para intervenir la provincia de Buenos Aires en manos del herminismo y forzar elecciones internas, volvió sobre sus pasos e inició negociaciones con Herminio Iglesias convalidando su posición en la conducción partidaria de la provincia.¹⁴

En los meses siguientes el intento rihondista va a languidecer para morir en la nueva convocatoria al Congreso Nacional de La Pampa en julio de 1985. La disputa por imponer una nueva conducción que reemplazara el estilo autoritario de la ortodoxia y que empujara una democratización que pusiera al peronismo en condiciones de competir en el terreno del estado de derecho y la democracia estable que se definía como el imperativo de la transición, sin producir la fractura, se demostró impotente. El congreso de Santa Rosa fue el límite de esa estrategia que había ensayado el peronismo disidente entre el Odeón y La Pampa. El mito de la unidad actuaba finalmente como límite a aquel intento de transformación.¹⁵

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Aboy Carlés, G. op. cit. pp. 274

Así comentaba la nueva conducción elegida en el congreso de La Pampa un integrante del grupo Unidos cuya revista constituiría por entonces una referencia para la militancia disidente.¹⁶ *“Los efectos de la tormenta de Santa Rosa: una conducción que simboliza el peronismo imposible, compuesto por figuras irritativas y desprestigiadas...Esto no es sólo el cambalache de “Carnera y San Martín”, sino algo mucho más grave: es el peronismo de la violencia, del autoritarismo y de lo que luchan por el poder sin ética ni ideología”*¹⁷. Y más adelante caracterizaba la nueva conducción elegida en aquel congreso: *“Pasemos lista a esta conducción nacional ¿Isabel, la silenciosa? ¿Saadi, el león de las líneas duras, gran derrotado televisivo en noviembre de 1984 por la consulta del Beagle? ¿Triacca uno de los dirigentes gremiales más repudiados de los últimos tiempos...? Pero, a cambio de estas pequeñas limitaciones de Isabel, Saadi y Triacca, tenemos al bueno de Herminio, que puede hablar en cualquier cuartel o en la Sociedad Rural y hasta escribir en La Prensa, sin que lo silbe ningún milico...Está Rodríguez Saa, el brillante doctrinario que afirma que el movimiento es como una mesa y el partido como una taza de café y, claro, ¡todo lo que cabe en la primera no entra en la segunda!...Este senador pinta como el pensador del Consejo”*.¹⁸

La restauración de la conducción ortodoxa en La Pampa provocó una dispersión de las corrientes críticas que asemejaba más a desintegración que a dilación de la situación en espera de una mejor oportunidad. No obstante las legislativas de noviembre de 1985 sirvieron como un acicate para que desafiar nuevamente “los monstruos”¹⁹. En la provincia de Buenos Aires, el herminismo impide nuevamente las elecciones internas de candidatos y Cafiero decide romper y presentarse por fuera del Justicialismo con el FREJUDEPA (Frente de la Justicia, la Democracia y la Participación) anudando una alianza electoral con el Partido Popular de alcance provincial y la Democracia Cristiana, por entonces bajo la dirección de quien encarnaba el ala progresista de este partido, el católico Carlos Auyero. Asimismo, si bien las tratativas de sumar a la alianza al Partido Intransigente no dieron su fruto, el solo hecho de que las emprendiera dejaba ver qué

¹⁶ Nos referimos a Arturo Armada, que hemos citado anteriormente junto a Mario Wainfeld y Horacio Gonzalez como autores del documento de discusión “Historia, contexto y perspectivas de la renovación peronista. Secretario de redacción junto a Mario Wainfel de la revista “Unidos” que dirigía por entonces Carlos Chacho Alvarez. Esta revista reunió a un nutrido grupo de intelectuales de la izquierda peronista que vieron con simpatía el proceso y acompañaron el proceso de la renovación peronista

¹⁷ Armada, A. *Hondeon de la Pampa, juntos somos menos*, en: Revista Unidos N° 6, Buenos Aires, agosto de 1985, pp. 13-16

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Tal el mote que la militancia crítica adoptaba para la conducción ortodoxa por aquellos tiempos

perfil político-ideológico estaba buscando la corriente “cafierista” de la renovación.²⁰ La postura renovadora se fortaleció cuando Carlos Grosso de la Capital se alinea con el sector disidente de Cafiero y rompe la alianza con el candidato de “las 62” Julián Licastro.

Como ha señalado Carlos Altamirano “*los comicios de noviembre a las legislativas nacionales obraron como una suerte de interna abierta para el peronismo de la provincia de Buenos Aires*”.²¹ El frente de Cafiero no logró imponerse en la general, pero la ventaja que obtuvo sobre Herminio Iglesias lo catapultó a centro de la escena política como la principal figura de la renovación. Junto a él, también como triunfadores en sus respectivos distritos aparecían Carlos Grosso y Carlos Menem.

La Renovación con nombre propio: consolidación del proceso.

En adelante las dificultades de los renovadores para hacerse con el control del justicialismo terminaron dirimiéndose a través de los sucesivos comicios nacionales que se desarrollaron en el período. La performance del ‘85 en Capital Federal y Buenos Aires fue consolidando su espacio, y en diciembre de ese año Cafiero, Grosso y Menem constituyeron una conducción nacional y dieron a conocer el documento fundacional de la corriente que llevaba por título: “*La Renovación Peronista. Un proyecto y una voluntad para transformar la Argentina*” El documento no solo comportaba una declaración sobre el desafío de cambiar métodos y procedimientos al interior del peronismo, sino que asomaba el comienzo de la polémica con el que consideraba su principal contrincante: el alfonsinismo. Una declaración lo anunciaba era el momento “*de terminar con la confusión ideológica programática, discutiendo de cara al país y con el pueblo las propuestas que nos permitirán volver al poder*”²². Despuntaba también allí el propósito de disputar con la propuesta modernizadora del alfonsinismo en Parque Norte. Como ha señalado Carlos Altamirano no era casualidad que aquel documento concentrara su energía polémica en el apartado titulado “Democracia, modernidad y libertad”, allí se podía leer: “*Es necesario pensar la democracia desde una perspectiva distinta a la radical, enraizar, su problemática en la dimensión nacional y latinoamericana y “nacionalizar” los términos de su discusión y desarrollo.*

²⁰ Altamirano, Carlos, “*La lucha por la idea*”: *el proyecto de la renovación peronista*, en: Palermo, V. y Novaro, M.(comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004, pp.63

²¹ *Ib.* Pp.64

²² Cafiero, Antonio, *Testimonios del '45 y del 2000 también*, Nuevo Hacer, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1995 pp. 53-54

*La democracia no es solamente un sistema de reglas, medios y condiciones que regulan la intervención de los distintos protagonistas en el proceso de toma de decisiones. En esta definición, en la cual coinciden los nuevos teóricos del alfonsinismo, puede revelarse el intento de establecer una analogía entre el funcionamiento de la democracia y el del mercado, tan grata a la ideología liberal”.*²³ Se reforzaban así los dos desafíos que tenían delante los renovadores: lograr el control del partido e instalar un mensaje institucionalista que lo pusiera en condiciones de disputar con eficacia el monopolio del ideario democrático con el que pretendía legitimarse el alfonsinismo y ofrecerse como una alternativa creíble. Desde ese momento la Renovación – ya una corriente con identidad reconocida públicamente- sumará a conducción a José Luis Manzano (diputado por Mendoza y presidente de la bancada renovadora) José Manuel De la Sota (Córdoba) Oraldo Britos (San Luis) y Roberto García, secretario general de la Comisión Nacional de los 25.

El año 86 fue de crecimiento en las negociaciones con la conducción ortodoxa por la normalización de los distritos que aún estaban intervenidos (entre ellos la provincia de Buenos Aires), y la modificación de la Carta Orgánica que permitiera convocar a elecciones internas directas para la elección de autoridades nacionales y candidatos con el país como distrito unificado, que finalmente se conseguiría después del triunfo de Cafiero en las gubernativas de 1987. El proceso de consolidación de la Renovación como conducción del partido se afirmaría durante el año 1988. Desde 1986 y en consonancia con la lenta y trabajosa negociación con la ortodoxia para democratizar el partido se fueron incubando dos concepciones diferentes respecto a la resolución de ese proceso. Estaban quienes desde una identidad definida entendían que el proceso debía definirse sin concesiones a los sectores ortodoxos, forzando su subordinación, y estaban quienes sustentándose en la lógica de la unidad buscaban acordar y encontrar caminos de encuentro para los derrotados: Cafiero y Menem respectivamente eran los referentes de estas dos tendencias.²⁴

Los últimos episodios importantes de esta zaga resultan ser en primer lugar el triunfo de Cafiero –después de normalizar la interna provincial y triunfar como candidato a gobernador en la provincia de Buenos Aires. Este triunfo tuvo el efecto de consolidar la renovación y acelerar las definiciones frente a lo que se entreveía como un eventual triunfo en las presidenciales del '89. Si contamos con que, paralelo al ascenso

²³ Diario Clarín, 31 de diciembre de 1985

²⁴ Ver Ivancich, N. op cit.

de la corriente renovadora, se producía el progresivo deterioro del gobierno que atravesaba una serie de peripecias de la cual la más resonante fue el episodio de Semana Santa del '87 -que le significó un quiebre profundo en la confianza de la civilidad- esta no pasaba por ser una expectativa descabellada. Tras ser elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires en septiembre de 1987, Cafiero alcanzó la presidencia del Consejo Nacional Justicialista en enero del siguiente año. El último episodio fueron las elecciones internas de julio de 1988 que representaban el postrer paso en la normalización definitiva del justicialismo con la designación de las candidaturas para las presidenciales del '89. El triunfo de Menem en estas internas dio paso a profundo debate respecto del futuro de que podía esperarle a Renovación ante la preeminencia de los que en algún momento había sido sus compañeros de ruta, pero que a esa altura diferían claramente no solo sobre la metodología que garantizara la democratización interna del partido, sino sobre el proceso de reformulación ideológica que debía dar sustento a esa experiencia.

Virtualidades y límites de una experiencia: tres lecturas de la Renovación

La interna de julio de 1988 aparecía en el horizonte de la renovación como el punto culmine de una estrategia que se había postulado en los días de la derrota: institucionalizar democráticamente al partido para recomponer su capacidad de disputar exitosamente en el terreno electoral. Conviene recordar que en ese momento la crisis que sumía al partido y la discusión sobre estrategias para devolverlo al triunfo habían suscitado debates e interrogantes sobre cuestiones largamente sedimentadas en la tradición peronista. Como pudimos detectar, los primeros testimonios urgían una reflexión profunda sobre la “misión histórica” o “revolución inconclusa”. Estas admoniciones conllevaban en ese momento un significado ambiguo que requeriría de tiempo para esclarecerse. ¿Apelaban en un tono nostálgico a un revival del peronismo inaugural de los años '40 o instaban a revisar y renovar la vieja tradición para ponerla a tono con el nuevo contexto democrático? Más allá de ambas alternativas lo cierto es que en las primeras formulaciones críticas de la derrota despuntaba el debate sobre los significados en el peronismo. En consonancia, con la formulación del nuevo relato alfonsinista que reestructuraba los pares antinómicos de la historia política argentina y daba cuenta de un cambio político cultural importante en el país por aquellos años, y en relación con el posterior refinamiento ideológico que este relato postulara en el discurso de Parque Norte, hubo sectores dentro de la Renovación que entrevieron la urgencia de

una reformulación crítica de contenidos y advirtieron acerca de la importancia de acompañar el cambio de imagen y procedimientos con un debate de fondo que se atreviera a postular un peronismo renovado en sus contenidos.

En relación con esto cabría preguntarse como se fue reelaborando esta cuestión al ritmo de la conquista de espacios de poder, tanto al interior del partido como en la disputa electoral y en la escena pública con el alfonsinismo. Tres versiones resultan poderosas para analizar hasta qué punto el peronismo de la renovación, y en el fragor de la disputa por el poder, se propuso por aquel tiempo un debate identitario. Las tres fueron formuladas en momentos diferentes, lo que no invalida tenerlas en cuenta, pero pone límites a un ejercicio comparativo y amerita considerar este aspecto para no incurrir en anacronismos.

Intelectuales y militantes: no rehuir el debate

La primera correspondería a un sector de intelectuales de indudable procedencia peronista que en su doble condición de observadores críticos y militantes abrigaban expectativas sobre el proceso. Contemporáneos, y comprometidos con el proceso advertían por entonces sobre las tensiones que atravesaban a la Renovación. Para estos actores la necesidad de sumar electoralmente hacia dentro y hacia afuera del peronismo hacía de la Renovación un amplio arco de políticos pragmáticos prestos a plegarse a una opción ganadora, que inevitablemente los desafiaba a optar por una renovación de métodos que maquillaran al partido como una “nueva imagen política” más acorde a la que por entonces se publicitaba como “potable para gobernar”: profesional, modernizada, respetuosa de procedimientos democráticos, pragmática y despojada del consignismo ideologizante. Así se puede leer en un documento datado en junio de 1986: Señalaban estos ya en 1986: *“La renovación peronista es, hasta hoy, una línea interna, dotada de apoyos múltiples y variados, con amplias posibilidades de triunfo. Se trata, también, del único peronismo viable. No todos los que la integran comparten una visión común sobre el peronismo y la política argentina, ni sustenta un proyecto único. Muchos están sumados a ella por conveniencia, como lo hicieron con el isabelismo o con Luder. Conciben la renovación más como un cambio de imagen y procedimientos que como una reformulación crítica de contenidos. Desde el punto de vista pragmático de estos políticos-que conforman buena parte de la renovación- la derrota del peronismo en 1983 fue consecuencia de problemas formales o de imagen. El peronismo no ha fracasado por su historia, su proyecto o su composición, sino por*

desprolijidades, por incumplimiento de formalidades democráticas internas o por las desafortunadas imágenes de sus principales figuras directivas. Estas carencias pueden pensarse aislada o conjuntamente. Por supuesto, la visión más simplista es la que identifica la derrota como una mera cuestión de imagen. Un enfoque más integral, aunque incompleto añade la carencia de reglas de juego internas (democratización, voto directo, etc.) sin sujetar a revisión otras cuestiones del peronismo histórico... ”²⁵

Para estos militantes críticos esta circunstancia procedía limitando el debate sobre cuestiones más profundas que implicaban una relectura del peronismo y sus errores en diferentes circunstancias históricas. Reconociendo la calidad de “mito transideológico que comportaba el tema de la unidad para el peronismo y la consagración que el propio Perón había hecho de ese mito, y de los réditos que podía ofrecer para obtener nuevos éxitos electorales advertían sobre los riesgos de no revisar ese apotegma. Así decían: *“Posiblemente una ruptura peronista haga más lento el acceso al gobierno...En síntesis: el más pedestre “sentido común” de los políticos sugiere que la unidad es el camino más corto para llegar a la victoria electoral, juzgada como necesaria para consolidar al peronismo y mantenerlo vivo...El argumento contrario no se basa en el cálculo electoral victorioso, sino en concepciones éticas, teóricas y metodológicas respecto de la política, al mismo tiempo que empíricas, en la medida en que se tiene en cuenta la viabilidad de “ese peronismo unido” puesto a gobernar...Aunque algunos de los principales responsables de tan cruda manera de resolver las contradicciones hoy proclamen “la unidad del peronismo”, ninguna exhortación mítica alcanza a borrar el recuerdo de acontecimientos como el de Ezeiza del 1973, o los protagonizados por la “Triple A” y los Montoneros ... La crítica a la “unidad con todos” tiene otros dos pilares... El primero de ellos se refiere a la credibilidad posible-en el momento electoral- de un conglomerado excedido en su heterogeneidad y en su obligada indefinición ante temas cruciales... El segundo, no sujeto a experimentación electoral, es el de la inviabilidad práctica del peronismo a la hora de gobernar. Nuevamente la experiencia de 1973 – aún en vida de Perón, condición nada desestimable-robustece la validez de este argumento. Las antagónicas concepciones existentes en el peronismo pueden disimularse –apenas- en épocas de resistencia, o como ahora, de oposición política legal. Mucho más difícil es lograrlo cuando se tiene que gobernar, es decir cuando se tiene que afectar intereses y optar por medidas coherentes entre sí. El*

²⁵ Ver: Wainfeld, M., Gonzalez, H. y Armada, A., op. Cit. pp. 106-107

vastísimo arco ideológico que abarca actualmente el peronismo real complica toda posibilidad de compatibilización”²⁶.

Al margen de que las advertencias a profundizar el debate abarcaran muchos más tópicos caros a la identidad peronista como el descongelamiento doctrinario, la necesidad de revisar el unanimismo político que había identificado peronismo y mayoría “naturales” de la nación, la necesidad de revisar su histórico desprecio por la democracia formal y la articulación partidaria como herramienta viable en la construcción de esa democracia, el recorte seleccionado sobre el tratamiento de la unidad habilita a pensar que en esta versión se estaba advirtiendo sobre carencias de un debate identitario y se estaba exhortando a tener en cuenta los riesgos que estas carencias podrían comportar en el momento de definiciones tanto en la disputa interna, como en el caso de que el peronismo llegara a ser gobierno.

Una lectura desde otra distancia

Otra versión vigorosa a tener en cuenta para pensar sobre la forma en que se reelaboraba la cuestión identitaria en la Renovación es la de Carlos Altamirano.²⁷ Esta, es obvio, es la mirada de un observador más distante que los anteriores en términos ideológicos y temporales, es de mucha más reciente elaboración, lo que impone una distancia temporal considerable de los acontecimientos. No obstante converge con la anterior en la reflexión que intentamos. Inevitablemente reducimos, para que sea abarcable en este trabajo, una hipótesis que resulta a la par que preñada de reflexiones sustanciosas, fecunda para el debate. Para este autor la Renovación en su versión “cafierista” habría acometido el desafío de superar la crisis intentando sintonizar con el reto que presentaba la reformulación alfonsinista. No habría obviado el terreno de la “lucha por la idea”, porque habría atisbado que allí era donde se afincaba gran parte de la fuerza del alfonsinismo y debía presentarle batalla. Sin embargo, en este intento habría quedado aprisionada por una especie de “mimetización” con el alfonsinismo que habría marcado su límite como alternativa política. Habría sido justamente esa operación ideológica la que le habría cobrado un alto costo a la Renovación cafierista y la habría puesto en desventaja frente a la versión menemista de la renovación. Dicho en palabras del autor: *“En efecto, solo después de los resultados pudo verse que el cafierismo había pagado su precio por aparecer en sociedad política con el alfonsinismo, cuyo prestigio no*

²⁶ Ibid. Pp. 108- 112

²⁷ Ver. Altamirano, C., op. Cit. pp. 72-74

*había hecho sino mermar desde 1987, afectado por la inestabilidad militar y la inflación; que el proyecto de un peronismo ordenado en torno a definiciones ideológico-políticas atraía más a los militantes y a los sectores medios que a los sectores populares; que éstos se reconocían más en el discurso milagrero del Menem de entonces, que asumió la figura de quien no pertenecía al sistema político y llegaba para luchar en nombre de un peronismo plebeyo contra un peronismo de saco y corbata, “alfonsinizado” o socialdemócrata; en fin que los cuadros políticos jóvenes que acompañaban a Cafiero irritaban a los dirigentes sindicales de los gremios fuertes, y que el apoyo que los renovadores recibían del grupo de los 25, en su papel de rama sindical de la corriente no compensaba la hostilidad de las 62 organizaciones.”*²⁸ Es decir, en cierta forma este autor alude a la existencia del debate, pero delimitado previamente por la lógica que impuso el relato alfonsinista. Es posible entender de esta versión que el alfonsinismo había “marcado la cancha” (para usar una metáfora futbolera si se permite) y la Renovación acabó acotándose a esas marcas. Es inevitable que frente a esta afirmación nos preguntemos: ¿Habría sido capaz la Renovación – aunque virtualmente– de encarar el debate identitario desde sí misma, y reconvertirse en una opción democrática, y conjuntamente articular un discurso no solo potable a la militancia ilustrada y a las clases medias sino también a las clases populares? Intuimos, solo intuimos que la versión de Altamirano no alienta una respuesta positiva en este sentido. Más, lo que alienta a pensar es que la Renovación del peronismo estuvo fuertemente condicionada por el discurso de época liderado por el alfonsinismo y que solo esta contingencia habría empujado la iniciativa renovadora. Dejamos aquí el análisis porque ir más allá comportaría hacer un ejercicio contrafáctico que no sería recomendable.

Una mirada desde los noventa

Otra mirada es la que sostienen en los años noventa Vicente Palermo y Marcos Novaro.²⁹ Sobre el punto que nos preocupa los autores advierten que la situación de crisis del peronismo abrió condiciones para la innovación en una tradición política cuya dirigencia estaba poco ejercitada en ella, tanto más difícil en un contexto de crisis de identidad. La situación de disputa facciosa de aquellos años obligaba a los renovadores

²⁸ Ibid.

²⁹ Palermo, V. y Novaro, M., *Política y poder en el gobierno de Menem*, FLACSO- Norma, Buenos Aires 1996, pp. 186-202

a buscar un equilibrio entre posiciones muy distintas y cohesionarlas en torno a su proyecto para innovar sin diluir la identidad. Para lograr la cohesión debieron resolver dos problemas: la democratización en los procedimientos partidarios y en la selección de liderazgos, y la reformulación de la identidad y el proyecto histórico. Estas cuestiones se condensaron en el debate sobre la alternativa tajante entre partidomovimiento que tuvo un importante espacio por entonces. Para los autores la ambigüedad cruzó este debate porque por un lado, los renovadores entendieron que encarar una institucionalización que hiciera del peronismo un partido político apto para competir en el terreno de la democracia formal –tarea a la que los empujaba el discurso alfonsinista hegemónico– les exigía un esfuerzo reorganizativo que debía ser acompañado de una transformación del imaginario peronista tradicional atravesado por una cultura movimientista y anti-partido. Por otro, esta tarea se volvía tanto más compleja porque en la coyuntura de crisis, y tratando de aventar el fantasma de la dispersión, se había apelado a la tradición movimientista como fuente de identidad y restauración de un “peronismo verdadero” desvirtuado y conducido a la derrota por una “dirigencia burocrática”. Los renovadores se vieron obligados además a resaltar esta imagen cuando se intensificaron los ataques que recibían de sus adversarios internos por haber sido “domesticados por la partidocracia liberal, emular a la “socialdemocracia y el pragmatismo alfonsinista”. Dicho en términos de los autores: *“En suma se configuró una situación en que, por un lado, la dinámica y la lógica de la Renovación colaboraba en la ya avanzada descomposición del imaginario movimientista y populista del peronismo, mientras que los condicionamientos que imponía la lucha política en la coyuntura le impedían innovar decididamente en ese terreno... Esta paradoja marcaría el límite de la Renovación como proyecto político”*³⁰. Para estos autores entonces, la ambigüedad que rodeó el tratamiento de la cuestión programática e identitaria los llevó a adoptar por momentos el tono de una “restauración” del peronismo original. Esto estimuló la sospecha de que su convicción democrática podía ser reemplazada si dejaba de ser “útil” para satisfacer los requisitos que imponía la legitimidad populista en función de disputar al alfonsinismo la titularidad de una democracia con sentido social. Para esta versión entonces la Renovación no rompió con esa “visión instrumental de la democracia” que había sido característica de la tradición populista del peronismo.

³⁰ Ibid. pp.190-191

Al introducir nuevas reglas y procedimientos organizativos sin duda los renovadores operaron una profunda transformación en la ecuación de poder al interior del partido. La fuerte gravitación de los dirigentes sindicales en la conducción del partido perdió terreno y en adelante les resultó bastante más difícil hacer valer automáticamente el poder de sus organizaciones en la puja por las candidaturas y cargos partidarios. En consecuencia, los políticos ganaron entonces un importante espacio ocupado antes por los sindicalistas. Esta cuestión implicó una “nueva lógica de representación de intereses al interior del partido.”³¹ Al imbricarse esta cuestión con la ambigüedad que envolvió al debate identitario obstaculizó fuertemente la resolución con éxito del tema de la selección de liderazgos. Más allá de que de que este último problema sobrevolara al peronismo desde la muerte de Perón, los autores consideran que se trata de un problema de envergadura en cualquier partido moderno, aún en los más alejados del populismo. En palabras de los autores: “*los renovadores no pudieron resolver el problema político de la identidad y por lo tanto el del liderazgo que debía representarlos. Cafiero obtuvo la presidencia del partido en 1988, pero su figura no lograba hacer vibrar las fibras íntimas de los peronistas...*”³². A juicio de los autores entonces la necesaria presencia de una figura capaz de sintetizar las expectativas y concitar la confianza de los distintos sectores, que se presenta en todos los partidos modernos, no pudo ser resuelta. En esto cabría no descartar asimismo- según los autores- la tensión que se creó entre una estrategia institucionalista, que buscaba quitarle preeminencia al poder sindical, y el crecimiento que prefiguró la estrategia de oposición al oficialismo centrada en la “resistencia social” que vehiculizara por entonces Saúl Ubaldini –secretario de la CGT. Sintetizando esta lectura se puede entender que los desafíos a que estuvo sometida la Renovación eran tan amplios y de tanta envergadura que requerían una capacidad de la dirigencia de operar con múltiples tensiones: la urgencia de innovar que provenía del contexto y de la propia convicción de que se debía dar lugar a una nueva etapa institucional, y la tentación de reeditar viejas fórmulas para evitar aparecer mimetizado con el oficialismo. La imposibilidad de afrontar eficazmente estas tensiones habría operado a favor de Menem, que a pesar de haber cultivado una relación y participar de la renovación y por lo tanto haber capitalizado el perfil de un dirigente democrático opuesto a los “mariscales de la derrota”, jugó a la postre como un verdadero líder

³¹ Sintetizamos brevemente en una frase un afinado análisis de esta cuestión que realizan los autores que venimos comentando

³² Palermo y Novaro pp. 195

populista y en el momento de la confrontación se mostró capaz de articular todas las heterogeneidades posibles, dándole una aparente resolución a la manera tradicional.

Decimos aparente, y esto ya es nuestra interpretación, porque entendemos que poco tardaría en producirse el inesperado giro que borraría gran parte de las líneas de revisión sobre las que se habían fundado las expectativas que había creado la Renovación.

Palabras finales

La preocupación de este trabajo fue –en principio– interrogarse sobre los límites que cercaron la experiencia de la Renovación. En función de este propósito hicimos un recorrido. En el mismo comenzamos advirtiendo que delante de la derrota y de frente a la enajenada reacción de la dirigencia ortodoxa, se fue conformando un núcleo de dirigencia crítica que advirtió que aquella premisa que asignaba al peronismo la representación y la fidelidad casi exclusiva de los sectores populares había caducado, o por lo menos estaba cuestionada. A partir de allí vimos como se desplegó el proceso por el cual estos sectores, y siempre con la consigna de recuperar la mayoría electoral confrontaron fuertemente por imponer una reorganización partidaria que le devolviera confiabilidad al peronismo para ser opción electoral y alcanzar nuevamente el gobierno. Advertimos también que en ese proceso, fue la confrontación de cara a la sociedad en comicios generales más que los éxitos en la disputa interna, los que convalidaron la legitimidad de los sectores de la Renovación. Frente a esto, es dable pensar, que esto último haya influido para que comenzara a hacerse espacio la idea sobre la necesidad de descongelar una doctrina esclerosada, revisar una historia donde sólo cabía la epopeya y el triunfalismo y la reiteración de viejos y desgastados apotegmas que encubrían procedimientos y mentalidades autoritarias.

A continuación analizamos diferentes opiniones sobre la calidad y la forma en que ese debate fuera procesado y algunos de los obstáculos a la proyección y eficacia del sector más comprometido con la transformación del peronismo y con su reformulación democrática: si no la totalidad del heterogéneo conjunto que compusiera la Renovación, una parte prometedora de la misma. No lo acometió a fondo, constreñida por las limitaciones de una dirigencia más inclinada a recomponer una unidad que garantizara el éxito electoral y un pronto retorno al gobierno –en la versión de Armada y

Wainfeld³³. No superó la debilidad de ser un subproducto de la reformulación democrática alfonsinista – en la versión de Altamirano. Se demostró incapaz de superar la ambigüedad nutrida por los reflejos de una dirigencia poco ejercitada en las innovaciones y anclada en la apelación a consignas populistas, contradictorias con la efectiva y objetiva recomposición organizativa partidaria que esa misma dirigencia estaba construyendo –en la visión de Palermo y Novaro. Ello no obsta a su reconocimiento como un dato objetivo y empíricamente comprobable.

Nuestro recorrido y las pistas obtenidas no dirimen en absoluto el dilema que planteábamos al principio. Morigerando la simplificación con que la disyuntiva fue planteada se puede decir que el recorrido transitado da pábulo a pensar que la Renovación no pudo saltar el cerco que imponían ciertos mitos que se recubrían con carácter de verdades de fe irrefutables, que el peronismo había construido a lo largo de su accidentada historia. Tampoco se puede negar que haya interpuesto un intento de reflexión racional ante ellos y que formulara ensayos, aunque estos se revelaron finalmente incompletos y fallidos.

La complejidad del proceso exhorta a atender las recomendaciones de novedosas investigaciones sobre la forma en que se constituyen y reelaboran las identidades políticas,³⁴ un tema que excede con mucho este trabajo y nuestras posibilidades personales de abordarlo, pero que nos dibuja pistas para pensar la historia política desde otros andariveles muy diferentes y a juzgar menos simplícidamente los enigmas que suscitan ciertas manifestaciones juzgadas como “anómalas” desde un paradigma que asimila la representación política a decisiones racionales de los sujetos. Relevar la fuerza del relato mítico en la constitución o reelaboración de una identidad política pareciera ser una operación recomendable. Diferenciar entre la fuerza de ese relato y la manipulación fetichista que cultivan los nostálgicos sin remedio para impedir su procesamiento crítico y encubrir los múltiples y renovados significados que en cada etapa los movilizan, pareciera ser la tarea a la que nos convoca las constantes reediciones y novedades que atraviesan la historia política del país.

³³ Los autores confirmaron las intuiciones expresadas en el documento citado en un segundo documento de 1988 y firmado solo por Mario Wainfeld y Arturo Armada, ver: Armada, A. y Wainfeld, M., Historia contexto y perspectivas del peronismo de los '80, mimeo, noviembre de 1988

³⁴ Nos referimos a los trabajos de Gerardo Aboy Carlés, entre ellos, el citado anteriormente